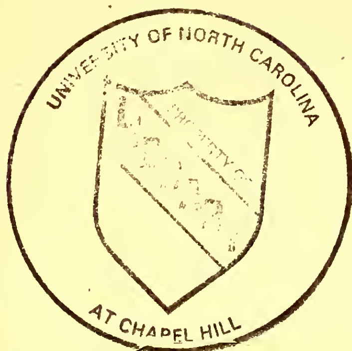
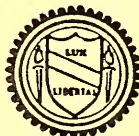

SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL


LUX
LIBERTAS

1252

La Blusa

Comedia
de
Angel Zamayo

A MIS APRECIABLES AMIGOS

D. ÁNGEL MEDEL Y D. PEDRO GALÉ.

Pecaria de ingrato, si al dar á luz esta mi modesta produccion, fruto no mas del entusiasmo y de la idea, á pesar de la insuficiencia de mis cortos años, no os tributara un recuerdo de amistad consagrandos esta primera página, por la cual, si alguna gloria me cabe, no es menos la gratitud con que á vosotros me obliga.

El Autor.

PERSONAJES.

Bernardo........................	D. Angel Medel.
Ramon........................	D. Pedro Galé.
Julia........................	Doña Antonia Salvador.
Fany........................	Doña Luisa Coll.

ACTO UNICO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puertas al foro y laterales. Mesa de escritorio: un velador con flores á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JULIA Y FANY.

(La primera aparece leyendo un periódico; la segunda bordando.)

Julia. Cuanto tarda Ramon en venir.

Fany. Quizás algun negocio le habrá detenido en la Bolsa. Ademas, mamá, ¿no te acuerdas de que tenia que ir á dar el pláceme á D. Benito por su incorporacion al ministerio actual?

Julia. Es verdad. ¡Qué hombre tan trapisonda y tan afortunado! El, ni es progresista, ni es demócrata, ni moderado siquiera, y el caso es que de todos los partidos saca turron. El cómo lo alcanza, bien lo sabe todo el mundo; pero el resultado es que él se chupa la breva, y lo demas es cuento.

Fany. Le advertiste á papá nos abonara al teatro de la Opera y al de la Zarzuela?

Julia. Sí. Mas hablando de otra cosa: ¿sabes que me va cargando tu primito...?

Fany. ¿Por qué, mamá?

Julia. Por sus majaderías. Ayer, cuando salimos á misa, se nos quedó mirando, con un palmo de boca abierta, y se atrevió á preguntarme á dónde íbamos.

Fany. Y tú le enviaste á casa de Ortega á ofrecerle nuestros servicios, y obedeció como un cordero.

Julia. Igualito.

Fany. ¡Pobre Eduardo!

Julia. ¡Jesus! Parece tonto; no sabe hablar siquiera.

Claro es: ¡qué educacion puede dar á su hijo un tendero!

Fany. Mi tio, aunque tendero, siempre le he oido decir á papá que era muy entendido y hábil para el comercio.

Julia. Y tu padre, que es tonto, queria por eso casarte con su sobrino. ¡Valiente boda! ¡Qué diria la sociedad toda!... Vamos, capaz era de morirme de vergüenza. *(Suena una campanilla.)*

Fany. Ya está aquí papá.

Julia. Veamos que le ha hecho retrasarse hoy tanto...

ESCENA II.

DICHAS Y RAMON.

Ramon. Buenos dias. *(Entrando algo azorado.)*

Julia. ¡Jesus! ¡Qué sofocado vienes!

Ramon. Hace un calor insoportable... *(Preocupado.* ¿Han traido alguna carta para mí?

Julia. No.

Ramon. ¿Hoy es viernes, 15 de agosto?

Julia. Sí; ¿qué te importa? Vienes pálido y agitado...

Ramon. Es... que he venido corriendo.

Julia. Apuesto á que el susto de la caida del ministerio es lo que te tiene así. ¿Eres retrógrado?

Ramon. Yo soy como la mayor parte de los hombres. A los quince años era demócrata; á los veinte liberal; á los treinta moderado, y á los treinta y seis pancista.

Julia. Y á los cuarenta y dos neo.

Ramon. Es que ya me he desengañado de las luchas políticas. No es mas que quítate tú para que me ponga yo... Mudanza de casacas, y nada mas. El pueblo chilla, y se da por muy satisfecho con cuatro vivas y mueras, y los obreros políticos van á la zapa en busca del filon de sus esperanzas; unos preparan el terreno, y otros recogen el fruto. Cuando era jóven, yo tambien fuí uno de tantos; pero desde que me licenciaron á tiros, adiviné que todos son lo mismo, que todo es farsa, y que en esas cuestiones quién mas pone pierde mas; en fin, que el pueblo es un niño, á quien deslumbran con un juguete para hacerle tragar la píldora; y aquí en España, por desdicha, todas las píldoras son indigestas.

Julia. Pues hijo, si todos pensaran cual tú, ¿á dónde íbamos á parar?

Fany. El tio Bernardo no piensa así; y eso que tiene mas edad que tú, papá. Todos los dias está esperando á la puerta de su tienda que pasen los chicos vendiendo *La Iberia* para comprarla, y no se acuesta sin leerla tres ó cuatro veces, hasta que la aprende de memoria.

Ramon. Cada loco con su tema.

Julia. A propósito de Bernardo: hace poco que vino á preguntar por tí. Y por cierto que debia economizar algun tanto sus visitas.

Ramon. ¿Por qué le tienes esa antipatía?

Julia. ¿Te parece acaso que no nos pone en berlina siempre que viene, con esos modales tan groseros que tiene y esas palabrotas?

Ramon. ¿Crees, por ventura, que lo hace con intencion de ofendernos...? ¡El... que es un alma de Dios!

Julia. No es eso. Sino que sucede á veces que tenemos visitas... Sin ir mas lejos, hoy, cuando vino, estaban las de Fuentes; pues hijo mio, se coló hasta mi gabinete, y sin saludar apenas se sentó en el sofá, encendió su pipa, y nos empezó á hablar de mil tonterías. Yo estaba en brasas, deseando que se fuera; pero es inútil, cuando toma la palabra es para no dejarla en todo el dia.

Ramon. ¿Por ventura, deseas que cierre las puertas de casa á mi hermano?

Julia. Como nos dá mucha honra tu dichoso hermanito, con su blusa llena de grasa, y con un olor á tendero que trasciende desde una legua...

Ramon. Julia, tenemos que hablar.

Julia. Ya decia yo que algo te pasaba. Fany, ve adentro, y dí que preparen la berlina, que tenemos que salir.

Fany. Está bien, mamá. *(Vase.)*

ESCENA III.

JULIA y RAMON.

Julia. Vamos, ya escucho.

Ramon. Hay situaciones en la vida, esposa mia, en las cuales depende de nuestra conducta el todo ó parte de nuestro porvenir.

Julia. No entiendo...

Ramon. El estado de mis negocios no es muy satisfactorio. Quizás hoy mismo, si antes de las once no realizo un pequeño pagaré... á las doce tendré que presentarme en quiebra.

Julia. ¡Jesus! ¡Eso es de todo punto imposible!

Ramon. ¡Es la triste realidad! Ya sabes cuánto te amo, y cuántas pruebas me has dado de ello tú tambien; pero hoy dia, perdóname, Julia, si te lo confieso, nuestro cariño nos ha perdido.

Julia. ¡Cómo!

Ramon. Incapáz de negarte el menor de tus caprichos, largo tiempo te he estado mintiendo una prosperidad imposible de existir ante tanto despilfarro. Es preciso entrar en economía, tomando un partido decisivo que nos libre al menos de la deshonra. Un recurso nos queda, sin embargo. Mi buen hermano, á pesar de todo, es hombre rico, y...

Julia. ¡Bah! ¡Bah! Tantos circunloquios, para venir á parar en la cancion de siempre.

Ramon. Es preciso casar á Fany con su primo Eduardo. Su dote nos conviene.

Julia. No era mal negocio... pero es lo último á que se debe recurrir... ¡Ja, ja! ¿Sabes, Ramon, que alabo tu destreza? Para persuadirme á que se casara Fany con su primito, no necesitabas haberme contado ese cuadro de miserias y ruinas, que te lo confesaré, me llegó á asustar...

Ramon. ¡Siempre incrédula! ¡Siempre inflexible!

Julia. No, hijo; es que comprendo el mundo mucho mejor que tú. Nosotras, las mujeres, aunque mas débiles, tenemos mas talento y alcanzamos mas que vosotros.

Ramon, Por Dios, Julia, ya ves...

Julia. Veo que eres un necio.

Ramon. Considera...

Julia. ¡Vaya, vaya! Déjame en paz... ¿Y era eso todo lo que teníamos que hablar? Pues bien podias habértelo escusado... (*Levantándose.*)

Ramon. ¿Cónque no me escuchas?

Julia. Esas cosas se oyen una vez con calma, y las demas se toleran con indiferencia. Pero tales despropósitos, cuando tanto se prodigan, no merecen otra respuesta que la que te doy con mi marcha... Adios... (*Váse: puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

RAMON.

Ramon. ¡Lo mismo que siempre...! ¡Se va sin escucharme. ¡Ese maldito orgullo la pierde! ¡Ah! Cuando pienso en mi hermano, tan feliz, tan dichoso con su mujer, me dan ganas de abandonar este valle de lágrimas, poniendo fin á mi existencia.. Pero, ¡y mi hija! ¡Pobre niña! ¡Ella es la única que me detiene cuando tal idea combate mi pensamiento! (*Cae pensativo en un sillon.*)

ESCENA V.

RAMON Y BERNARDO.

Bernardo. A la paz de Dios. ¡Hola! ¿Estás solo?

Ramon. Ya lo ves.

Bernardo. Cavilando con algun negocio, ¿eh?

Ramon. No: mis ideas son bien distintas en este momento.

Bernardo. (*Aparte.* Este ha tenido pelotera; la costumbre diaria...) ¿Pues qué te ocurre? ¡Vamos, habla!

Ramon. No soy dichoso. Cada dia que pasa lo voy siendo menos, y, francamente, he llegado hasta tenerte envidia.

Bernardo. Me alegro. Pero, Ramon, ¿quieres saber en qué consiste el misterio de mi felicidad? Pues oye. Lo primero y principal de todo es que mi ambicion se reduce á cuidar del porvenir de mis queridos hijos, con el objeto de que el dia de mañana, cuando yo cierre el ojo, les quede un pedazo de pan, amasado, es verdad, con el sudor de mi frente y hasta con mis lágrimas; pero me llevaré el consuelo de que bendecirán mi memoria, y moriré en paz y tranquilo. ¿Té parece esto poco? ¿Pues qué mayor felicidad puede haber para un padre?

Ramon. Sí; pero no es esa la dicha que yo deseo me espliques. Lo que acabas de decirme es hace tiempo mi único anhelo.

Bernardo. ¿Quiéres dejarme concluir? Vamos á ir punto por punto. Tú empezastes por cometer una

gran locura al casarte. Era preciso estar dejado de la mano de Dios para atreverse á cargar con una mujer que no sabia en todo el dia hacer otra cosa que estar sentada junto al piano ó mirando las musarañas.

Ramon. ¡Bernardo...!

Bernardo. Mirando las musarañas. Pero nada, hijo, adelante, que al freir será el reir.

Ramon. ¿Qué quieres decir con eso...?

Bernardo. Poca cosa; porque, como dijo el otro, tanto va el cántaro á la fuente... y sucede que luego, en la casa que no hay harina, todo se vuelve mohina: por último, ya te manifesté aquello de antes que te cases mira lo que haces; y cuando el rio suena agua lleva; pues despues no sirve quién dijera, quién pensara; que á rio revuelto ganancia de pescadores.

Ramon. Cuando empiezas á ensartar refranes y á decir sandeces te comparo á Sancho Panza.

Bernardo. ¡Qué quieres! No todos tenemos la misma inteligencia. Yo no sé espresarme mas que á mi modo. Soy un zote, que no entiende nada de toda esa palabrería que usais vosotros, los hombres públicos. Pero hablando en plata, Ramon, y sin intencion de ofenderte: ¿no es esa lógica, ó como la llameis, un dorado manto con que encubrís muchas veces los repugnantes andrajos de la hipocresía y de la mentira?

Ramon. No lo niego; pero te apartas de la cuestion principal. Estoy dispuesto á seguir tus máximas, si con ellas encuentro la dicha que me hace falta en estos momentos.

Bernardo. No la hubieras perdido si, como yo, te hubieras limitado al círculo que á los dos nos pertenecia.

Ramon. Las circunstancias...

Bernardo. No hay circunstancias que valgan.

Ramon. Sin embargo, ellas son las que hacen al hombre.

Bernardo. Dispensa, querido; al contrario, el hombre es quien se las crea.

Ramon. Luego el decoro...

Bernardo. Qué decoro ni que ocho cuartos. ¡No parece sino que desde que te has colgado esa levita sobre los hombros, has renunciado á todo lo espontáneo, á todo lo natural, para hacerte un farsante de los que tanto abundan por desgracia! ¡Cómo vuelven al hombre cuatro mal aperjeñados harapos.

Ramon. Eso no lo dirás por mí.

Bernardo. ¡Y tanto! Hace treinta años, poco mas ó menos, no sé si te acordarás, que ambos dimos el último adios á nuestro pueblo. Aun se me saltan las lágrimas cuando recuerdo á nuestra anciana madre, que llorando como una Magdalena, me echó los brazos al cuello, y me dijo: ¡Hijo de mis entrañas, ya no te volveré á ver mas! Tenia razon la pobrecilla; á poco murió del cólera, no cesando un momento de pensar en nosotros. Yo caí soldado el mismo año, y no tuve mas remedio que cargar con el chopo, quieras que no quieras, y andar á balazos con los facciosos. En el sitio de Bilbao, aun me acuerdo como si lo estuviera viendo, marchaba mi compañia á vanguardia, auxiliando á una pieza de á treinta y seis, que por órden de mi general íbamos á colocar frente á un reducto. ¡Pim! ¡Pam! revientan dos bombas, levantándose una polvareda de mil diablos, y uno de los cascos me hirió en un muslo. Caí sin sentido en brazos de mis compañeros, los cuales me trasportaron al hospital en una camilla. Tres meses estuve si me muero ó no me muero. Al fin salvó la pelleja mi natural robustez, y me incorporé á mi regimiento. Me dieron la cruz de San Fernando, y á poco los galones de cabo. Cumplí los años de servicio, y me vine á Madrid, donde con la parte que me tocó de nuestra difunta madre y unas diez onzas de oro que yo ahorré durante el servicio, puse mi tienda de comestibles, donde, gracias á Dios, he ganado muy buenos cuartos. Luego, mi Pepa es, sin exageracion la piedra fundamental de mi fortuna.

Ramon. No todos tenemos la misma suerte. Mi esposa, criada en otra esfera, no puede rebajarse, como la tuya, en cosas que, aunque tuviera voluntad de hacerlas, sus fuerzas no se lo permitirian.

Bernardo. Ese es el inconveniente de casarse con una de esas señoritas que hoy dia abundan. Es preciso convencerse que tomar estado, no es lo mismo que tomarse medio chiquito. La mujer debe trabajar, en union con el marido, para el bienestar de la familia, y no irse á fiestas y bailes como la tuya, mientras tú estás hecho un azacan, escribiendo gurrapatos en tu despacho... ¡Bonito ejemplo para tu hija...! A bien que ya irá perdiendo esas mañas en casándose con mi hijo... Yo haré que mi mujer la diga cómo se guisan los callos, para que Eduardo se chupe los dedos.

Ramon. Creo que ese enlace no se efectuará, aunque lo siento.

Bernardo. ¿Y por qué?

Ramon. Mi mujer...

Bernardo... Tu mujer... ¡qué...!

Ramon No conceptúa á Eduardo suficiente para hacer la felicidad de Fany.

Bernardo. ¿Y qué nos importa tu mujer? Tú eres el amo de tu casa.

Ramon. Es que yo no quisiera...

Bernardo. ¡Ah! ¡tú no quisieras!... el qué... concluye... no quisieras oponerte á los gustos de tu mujer, á sus caprichos; por ella serás capaz de tener en menos á tu familia: ya se ve, como tú gastas levita, y yo blusa, quién sabe si tu mujer tendrá á menos hasta que yo te visite...

Ramon. No es eso...

Bernardo. Calle usted. Me basta con lo que he oido.

Ramon. Pero...

Bernardo. Calla, calla, si no quieres que te rompa el alma. Tú has despreciado á mi hijo, á tu sobrino, porque desciende de un jornalero. ¿Y tú, qué eras? Pero ya se ve; te has envanecido porque te has casado con una mujer elegante; porque frecuentas la alta sociedad; empero, conste aquí, y en todos lados, que Eduardo, hijo y todo de un tendero, puede erguir su frente sin temor de que le señalen con el dedo. No es un silvanton, como esos que gastan lo que tienen y lo que no tienen en ricos y elegantes trages; pero en cambio su alma es noble y su corazon es puro. Casa á Fany, casa á tu hija con una de esas almas de hielo, cuya única idea y afan consiste en el lazo de la corbata ó en el brillo del sombrero, y entonces tendrás ocasion de apreciar en mas lo que has tenido en tan poco.

Ramon. Escucha...

Bernardo. He dicho que me basta.

Ramon. Pero...

Bernardo. Servidor de usted, caballero. ¡Está perdido! ¡Yo le salvaré, si Dios me ayuda! (*Váse por el foro.*)

ESCENA VI.

RAMON; *luego* JULIA

Ramon. Se ha enfadado conmigo... ¡Me ha tratado como á un estraño!... ¡Oh! yo le pediré perdon despues de mi ingratitud... Ahora lo que me importa es salir de este apuro... pagar esa deuda... despues, quién sabe lo qué sucederá...

Julia. (*Saliendo.*) Que posma es tu hermano, hijo; yo ya estaba deseando que se fuera...

Ramon. Julia... Me vas á dar, antes que te marches, aquellos billetes que guardastes el otro dia, cuando ajustates la berlina.

Julia. ¡Ah! sí... mas no comprendo cómo sales ahora con...

Ramon. Pues bien; esa cantidad me es hoy absolutamente necesaria. Tengo que saldar varias cuentas pendientes, y cuyos plazos terminan hoy... ya te lo he dicho.

Julia. Vamos, tienes unas rarezas, Ramon, que mas vale tomarlas á risa, ¿Vuelves otra vez con tu mania?

Ramon. No, no; esta vez te la pido muy formal, Júlia: no tengo dinero en caja hasta dentro de varios dias... la Bolsa hace muy pocas operaciones... por último, es cuestion de honor satisfacer esa suma hoy mismo, á las once en punto.

Julia. Mira, échame este boton al guante.

Ramon. Tu indiferencia me desespera.

Julia. ¡Qué modistas! oh! este vestido está infernal; que mangas tan estrechas. ¡Estira un poco esta falda! ¿Qué me miras, hombre? ¡Jesus! lo que es hoy estas insufrible.

Ramon. Miro... que creí tener una mujer que me amase y compartiera conmigo tanto los placeres como los sinsabores, y solo encuentro un alma de piedra y un ser que se burla con su frialdad de mi amargura...! Julia... Julia, es preciso que me escuches, que prestes atencion á lo que te voy á decir, y que seas lo que en este momento tu deber de madre te exige.

Julia. ¡Ave María! Cualquiera que te estuviera escuchando te tomaria por escapado de Leganés. No mi-

res de ese modo, que me haces sospechar que no es broma lo que he supuesto.

Ramon. ¡Todo concluyó para nosotros en el mundo! ¡Me obligas á que te revele lo que me hace temblar solo al considerarlo! Pues bien. Es preciso mudar de vida, desechar esos mil gastos supérfluos que á nada conducen; vender nuestros coches, despedir álos criados, irnos á vivir tal vez á una boardilla, porque...¡ estoy arruinado!

Julia. ¡Arruinado! ¿Qué escucho? ¿Será posible?

Ramon. Sí. La Bolsa me ha hecho perder sesenta mil duros el mes pasado. Yo te lo he estado ocultando; pues evitaba darte un sentimiento con ello. La suerte me ha abandonado en los demas negocios; han quebrado muchas casas de comercio, mis asociadas; y luego, tus enormes gastos han contribuido no poco á mi desventura.

Julia. ¡Mis gastos! ¿Acaso todavía se te figuran escesivos, cuando apenas bastan para presentarnos con decencia en la sociedad? Hijo mio, si algun dia se ha de colocar Fany conforme su posicion reclama, es necesario brillar en todas las reuniones. Tú te has de convencer que hoy dia las apariencias lo hacen todo en el mundo.

Ramon. No lo ignoro; pero dejemos esto, y hablemos de lo que hace al caso.

Julia. Es inútil; sé lo que me vas á pedir...

Ramon. Luego esa cantidad...

Julia. La he gastado... Baja á la cochera, y verás qué berlina tan linda tenemos.

Ramon. ¡Julia! ¡Julia! me has perdido.

Julia. Vamos, hoy te ha dado por lo sublime, por lo trágico.

Ramon. ¿No sabes, insensata, que esa cantidad que has desperdiciado en un gasto inútil, hoy seria mi salvacion.

Julia. ¿Estas representando una comedia, querido?

Ramon. Solo un recurso nos queda... casar á Fany con su primo. Solo así me atreveré á pedir á Bernardo esa cantidad... ¿No me respondes? ¿Te negarás acaso? Señora, usted rendirá algun dia estrecha cuenta de su criminal conducta ante ese Tribunal inexorable por el cual todos pasamos.

Julia. Mi hija no puede unirse á un hombre de tan baja esfera.

Ramon. Es de mi sangre, y con esas palabras me afrentas.

Julia. ¡La hija de un general emparentar mas todavía con un tendero!

Ramon. ¿Y qué era yo cuando me casé contigo?

Julia. Ese es el mal. Así hoy deploro sus consecuencias... Mi padre, anciano y achacoso, no calculó entonces... Yo era muy niña tambien, y como no tenia reflexion, llevé á cabo lo que es hoy mi desventura...

Ramon. Señora... (*conteniéndose*) hablemos claros. No teneis por qué afrentaros en llevar mi nombre... Siempre he respetado á los que cesaron de vivir en este mundo; pero hay circunstancias en las cuales no es posible por menos de evocar cuadros tristes para esclarecer la verdad. Vuestro padre era un valiente, no lo niego; fue general de guerrilla, veterano de una causa que en premio de su sangre le sumió en el olvido y en la oscuridad. Cuando yo le conocí, era poco mas, poco menos, como yo, un simple particular, cuya renta se cifraba en el porvenir de sus hija. Yo, por mis economías, tenia un capital. Ustedes estaban en la miseria... y les convenia salir de ella.

Julia. ¡En la miseria!

Ramon. Sí.

Julia. ¡Oh! ¡Esto es insufrible!... Me ha insultado usted, me ha despreciado, y yo no puedo permanecer por mas tiempo al lado de un miserable como usted.

Ramon. ¡Julia!

Julia. Ya era tiempo de que usted arrojara de una vez esa máscara de egoistas sentimientos y bajas aspiraciones.

Ramon. Esas palabras, Julia, son demasiado duras, y bien sabes cuán inmenso es mi cariño. Mas hoy dia tengo que mirar por mi honra; por mi honra, que es la tuya tambien.

Julia. Ramon, no trates de disculparte.

Ramon. No me disculpo.

Julia. He dicho.

Ramon. Pero atiende...

Julia. Ya es muy tarde, voy á salir; celebraré que te alivies, y alabo tu talento. (*Aparte.*) No me humillará mas. (*Váse.*)

ESCENA VII.

RAMON.

(Pausa.—Mira en derredor, y se acerca á la mesa.)

Ramon. ¡Solo! Esta angustiosa situacion no puede prolongarse por mas tiempo. Es necesario tomar un partido, el último, el único tal vez. La bancarota y la deshonra, fatales consecuencias de esta vida de fausto y despilfarro, amenazan implacables aplastarme con su férrea mano. Aquí, aquí están las irrecusables pruebas de mi honor y desventura. (*Señalando al libro de Caja.*) Este maldito pagaré, que dentro de breves instantes tendré que satisfacer, es lo que va á tasar el plazo de mi existencia. ¡Matarme! Hé aquí el único, el solo recurso de que puedo disponer. Mañana, al menos, mas que objeto de ludibrio y escarnio para la sociedad, será objeto de compasion mi pobre familia; y yo... yo... dirán que quien tuvo en mas su honor que su vida, no era un miserable ladron, sino un hombre perseguido por la desgracia y abandonado hasta del cielo. ¡Dios mio! Cuánto mas se aproxima la hora, siento que las fuerzas y el valor me faltan. Cuatro líneas á mi hermano, pidiéndole perdon... de mi conducta anterior... así... otra á mi pobre hija... pues si la viera... no podria llevar á cabo mi resolucion... (*Figurando que redacta el final de una carta.*) ¡Adios, hija!... Besa la lágrima que ha humedecido este papel, pues es la prueba de mi cariño... Tu padre... Valor... Voy por mis pistolas. (*Váse por la primera puerta, izquierda.*)

ESCENA VIII.

BERNARDO.

(Entra precipitadamente por el foro en ademan despavarido.)

Bernardo. ¡Ramon! ¡Ramon! ¡Cielos! ¿Dónde estará ese infeliz? Y yo que vengo con el alma en un hilo hasta saber de su boca si es verdadera esa fatal noticia que se divulga por todos los círculos mercantiles... ¡Ramon!

Es inútil, nadie hay en esta casa que me saque de dudas... ¡Pobre hermano mio!... Mas yo me confundo, ó mejor dicho, no comprendo una palabra... ¿Cómo puede estar arruinado un hombre que mantiene todo este boato?... Sin embargo, él nunca me habla del estado de sus negocios; no tiene franqueza conmigo... esta triste, meditabundo de poco tiempo á ésta parte...mas yo me estoy charlando, y es necesario indagar... No veo nada que me sirva de norma... ¡Ah! aquí tiene el libro de Caja... ¿Qué habrá estado haciendo?... Veamos... Cuentas corrientes... ¡saldo!... ¡Dios mio! no puedo creer... sigamos adelante. Efectos á pagar... Debe... ¡Esta cantidad!... ¡Cielos, está arruinado!... ¡Cuarenta mil duros!... ¡Qué!... una carta á su hija... ¡Qué dice! ¡Se despide!... ¡suicidio!... ¡él!... ¡mi hermano!... ¡muerto!... ¡Desdichado! Y yo que le insulté, que le dije... ¡Ramon! *(Echa á correr á su cuarto.)* ¡Ramon! *(Al llegar á la puerta levanta la cortina.)* ¡Gracias, Vírgen mia, gracias! Se dirige hacia aquí... ¿Qué trae en la mano...? Nada me importa; yo estoy aquí para salvarlo. Aquí me oculto. *(Se esconde en la segunda puerta derecha.)*

ESCENA IX.

RAMON, *luego* BERNARDO.

(Trae una caja con pistolas, que coloca sobre la mesa.)

Ramon. El momento fatal se acerca. No puedo detenerme. Podrian llegar de un momento á otro y arrancarme esta última esperanza. Hermano mio, ¡por qué no habré seguido los consejos que me distes! ¡Julia! ¡Hija mia! yo os perdono... ¡Arde mi frente!... ¡No hay nadie!... Cuando quieran acudir á detenerme ya será tarde.

Bernardo. (Oculto.) ¿Qué va á suceder aquí? ¡Esas armas! ¡Esa pálidez mortal...!

Ramon. ¡Valor! ¡Dios reciba mi alma! *(Al ir á colocar la pistola en la sien, Bernardo baja y pone la mano sobre el hombro de Ramon.)*

Bernardo. ¡Ah!... Adios, chico. *(Esforzándose.)*

Ramon. ¡Como estás aquí!

Bernardo. Ya lo ves, bueno, sano, como siempre.

Ramon. (Aparte.) ¡Maldicion!

Bernardo. Acabo de cerrar la tienda, y como hoy es dia de asueto para mí, vengo á que echemos un dominó... ¿Qué te pasa?... ¿No me escuchas? ¿Te has puesto malo? *(Cogiendo la mano en que tiene el arma.)*

Ramon. Vete, vete... No estorbes lo que quizás mañana sentirias haber impedido. ¡Estoy sin honra, y es preciso morir!

Bernardo. ¡Matarte!... Tú estás demente, hermano. Al diablo mismo de seguro que no le ocurriria semejante disparate.

Ramon. ¡Suelta!

Bernardo. Poquito á poco... calma, hijo mio, calma. A ver, suelta primero esa pistola, y no te andes con bromas de ese calibre.

Ramon. ¿Qué pretendes hacer? ¿Quieres que vaya á un presidio por estafador?

Bernardo. ¡Presidio! ¡Ingrato! Tan poco vale tu pobre hermano, que no confías en él?

Ramon. No; eso seria...

Bernardo. ¿Qué seria?

Ramon. ¡En nombre del cielo! Bernardo, déjame que se cumpla mi destino... *(Da el reló.)* ¡Las once!

Bernardo. Menos diez. Ese reló debe ir un poquillo adelantado.

Ramon. Esa fatal letra se cumple... no puedo pagarla... ¡Estoy arruinado, hermano mio!

Bernardo. ¡Gracias al cielo que me llamas hermano tuyo! No sabes cuánto te agradezco esa espresion. Abreme, pues, tu pecho, calma esa agitacion, echa pelillos á un lado, y confíame el pesar que te aflige.

Ramon. Mi ruina es inevitable. Debo cuarenta mil duros, y como no podré hoy satisfacerlos, me embargarán.

Bernardo. ¡Toma, toma! Cuarenta mil duros, ¿valen la vida de un padre? Chico, en casa tengo, poco mas ó menos, esa suma en billetes de Banco.

Ramon. ¿Qué quieres decir con eso?

Bernardo. ¿Te vas á dar por ofendido si te digo que es tuya desde ahora esa cantidad? *(Movimiento de Ramon.)* ¿No lo has oido? ¡Ramon! ¡Por nuestra madre, que desde el cielo nos estará mirando en este momento, te suplico que los aceptes! ¡Por tu esposa! ¡Por tu

hija! ¡Aunque no sea mas que por no verme morir de angustia y de dolor...!

Ramon. Me avergüenzas, hermano. No merezco ni aun mirarte á la cara.

Bernardo. Sí, vente ahora con arrumacos y tonterias. Ea, vamos á ver... todo se acabó, ¿no es eso? Ponte el sombrero, y vente, que ya es hora de pagar esa letra.

Ramon. Aquí te aguardo.

Bernardo. ¡Canario! Lo que es yo, hasta salvarte del compromiso no te dejo ni á sol ni á sombra. Mi casa está cerca; al punto volveremos. Vente conmigo, ó de lo contrario...

Ramon. ¡Qué!

Bernardo. Una pistola es para tí, y otra para mí. ¿Te atreverás á abandonar á tu hija, que no tiene la culpa de tu insensatez, y que sin embargo es la víctima principal?

Ramon. Pero Julia, que me ha abandonado, despreciándome...

Bernardo. De esa yo me encargo... Ven... ¿Oyes? (*Fany tararea algo.*) Esa voz es la de tu hija... ¡la pobre ignora lo que aquí está pasando...! ¿No te conmueves...? ¡No tienes corazon!

Ramon. ¡Vamos, vamos, Bernardo! ¡Hija de mi alma!

Bernardo... ¡Bravo! ¡Victoria! A casa, chico; que allí están los cuarenta mil esperándote, limpitos de polvo y paja. (*Se van por el foro.*)

ESCENA X.

FANY.

Pues señor, estoy divertida. Se marchan de casa sin decir esta boca es mia. Luego, papá dice que gastamos mucho en diversiones. ¿Para qué es la juventud sino para divertirse? Con razon dice mamá que los años le vuelven cada vez mas ridículo. ¡Qué será cuando tenga los de su hermano! ¡Nadie podrá sufrir entonces su genio! Pero á todo esto, ¿qué decidirán de mi boda? Mamá no puede ver á Eduardo; parece que hasta evita que sepan nuestros amigos que es primo mio. Y, bien mirado, no me disgusta; es tan llano, tan franco... ¡Oh! no se parece á Luis; ese tiene un orgu-

llo y una petulancia, que no le hacen nada simpático. Mi primo es un chico de conducta, de modesta posicion, al frente del comercio del tio Bernardo; así es, que no es hombre de mundo como el otro. No obstante, con tal de casarme, aunque no fuera mas que porque rabiaran mis amigas; particularmente la Lola y la Matilde, que son mas envidiosas... me decidia á dar mi mano á cualquiera de los dos. ¡Ojala fuera ahora, me distraeria, porque tengo un humor, que ya ya!

ESCENA XII.

FANY Y JULIA.

Julia. Fany, ¿y tu padre?
Fany. Debe haber salido.
Julia. (*Aparte.*) ¡Dios mio! Siento un desasosiego y una intranquilidad desconocida... nunca le he visto en ese estado de exaltacion... ¡Oh! no me moveré de aqui sin averiguar... Siento pasos... El es sin duda...

ESCENA ULTIMA.

Dichas, BERNARDO, *y luego* RAMON.

Bernardo. ¡Por vida de todos los diablos! Luego dirán que no sirvo mas que de estorbo en esta casa.
Julia. ¡Bernardo!
Bernardo. ¡Hola, cuñada!
Julia. ¿Y Ramon? ¿Qué hace? ¿Qué es de él? ¿Dónde está?
Bernado. ¿Conque dónde está...? Señora cuñada, ahora nos toca á los dos. ¿Le parece á usted regular que sus caprichos y sus despilfarros hayan conducido á su esposo de usted, á mi hermano, á las puertas de la miseria? ¿Que no pudiendo soportar esta angustiosa situacion, su esposo de usted y hermano mio haya cogido un arma, una pistola, por ejemplo, llegando al punto de aplicarla á su sien?
Fany. ¡Papá!
Julia. ¡Ramon!
Bernardo. Sí, señora, Ramon, su consorte de usted, y hermano mio.
Julia. ¿Cónque era verdad? (*Aparece Ramon.*)

Bernardo. Sí, señora, es la pura verdad. Usted no quiso hacer caso, cuando Ramon, lleno de angustia y queriendo llamar á su corazon de usted y despertar sus buenos sentimientos de esposa y de madre, le revelaba su situacion. Pero ya se ve, en una señorona como usted, no hay mas Dios ni mas Santa María, que esas condenadas colas, esas virutas de carpintero colgando por ahí delante, esos lujosos coches, esos jokey en miniatura, y aquí dentro, nada, ni amor, ni cariño, ni fe, ni religion...

Fany. ¡Tio!

Bernardo. En tanto, este hombre, este palurdo, á quien usted ha estado á punto de arrojar de su casa, no ha vacilado en poner en manos de su esposo de usted la suma en que consistia casi su fortuna, para salvar del oprobio y de la miseria á mi hermano, á usted, y á su hija. Conque ya está usted contestada, señora cuñada.

Julia. Tiene usted razon; dura ha sido esta leccion, pero provechosa. Lléveme usted á ver á Ramon, quiero pedirle perdon de rodillas, quiero que mis lágrimas, regando su mano, sean las que me rediman y purifiquen.

Fany. ¡Oh, mamá, y si tus ruegos no bastan, yo uniré los mios: ¿qué padre niega nada, cuando le ruega una hija con las lágrimas en las megillas?

Ramon. ¡Oh! ¡Esto es superior á mis fuerzas! ¡Julia! ¡Fany! (*Bajando al proscenio.*)

Julia. ¡Ramon! (*Echándose á sus pies.*)

Fany. ¡Papá!

Ramon. ¡A mis brazos, esposa mia! ¡A mis brazos, Fany! Ambos somos culpables, y ambos hemos expiado las funestas consecuencias de nuestra imprevision.

Bernardo. Vida nueva, y á mirar por el porvenir. Veis como siempre es mas saludable tener calma y resignacion en todos nuestros contratiempos.

Ramon. ¡Bernardo! Tu hijo Eduardo solo ha de ser el esposo de mi Fany; es un chico honrado, y no puede menos de ser un buen esposo, que hará la ventura de nuestra ancianidad.

Bernardo. Bien dicho. ¿Quieres tú, chiquilla? Pues nada, que se casen en paz y en gracia de Dios, que estoy rabiando por tener un par de nietecitos, rubios como unas candelas. Y tú, Ramon, desde hoy, cuando contemples esas almas de metal, á quien el único

móvil es rendir culto al becerro de oro; cuando estreches esas manos á quienes el guante es un disfraz, y á quienes el frac ó la levita no sirven mas que de máscara vil, de hipócritas sentimientos, dí, acordándote de mí, que aun hay corazones nobles en el mundo, á quienes la sociedad olvida, porque no brilla en ellos una condecoracion vendida á la humillacion, sino una modesta chaqueta, hábito del artesano.

Y con firme gratitud
grábalo dentro del alma,
que no hay en el mundo palma
mas noble que la virtud.
Siempre con solicitud
no dirás que te rebajo,
porque sabes que debajo
de la tela de una *blusa*,
es la honradez sin escusa
consecuencia del trabajo.

CAE EL TELON.

... encuadernación tan sólida como elegante: su corte dorado, su lomo y punteras de pergamino, á fin de evitar los deterioros del roce continuo, dan á los tomos lujoso aspecto y positivas condiciones de duración.

Procuraremos publicar un tomo mensual, encuadernado como dejamos dicho, al ínfimo precio de **VEINTE REALES EN TODA ESPAÑA**, cantidad inferior á la que cualquier particular satisfaría por la sola encuadernación.

Para dar mayor variedad á la publicación y con el objeto de asegurar, en lo posible, **la más exacta puntualidad en el reparto de esta obra, procuraremos ir alternando con los tomos de ZOOLOGÍA los de BOTÁNICA.**

PUNTOS DE SUSCRIPCION

Madrid: En casa de don Eduardo Carbajo, plaza del Callao, 17, entresuelo, y principales librerías.—*Barcelona:* En los centros de suscripción y en las principales librerías.—En provincias, en casa de los señores corresponsales de nuestra casa, ó bien dirigiéndose á esta administración, establecida en la calle de Aragón, 309 y 311 (Ensanche).

Toda reclamación, sea de la índole que fuere, por parte de los señores suscriptores y corresponsales, deberá hacerse directamente á esta casa editorial, que tiene su domicilio en Barcelona.

ADVERTENCIA.—Tenemos el gusto de anunciar á nuestros favorecedores que, al propio tiempo que se imprime la nueva edición de la HISTORIA NATURAL por tomos encuadernados, se reparte por cuadernos semanales, á CUATRO reales uno, la edición de lujo de esta obra, de la que nos quedan muy pocos ejemplares, cuyo tratado de ZOOLOGÍA fué escrito por el sabio DOCTOR A. BREHM con el título de *La vida de los animales.*

Comprende esta edición los tratados de ANTROPOLOGÍA, BOTÁNICA, GEOLOGÍA, MINERALOGÍA y PALEONTOLOGÍA, escritos por eruditos autores españoles con presencia de los datos más completos y más modernos de estas ramas de la ciencia.